

El incesante avance en los actuales medios de comunicación, con su consiguiente progreso cultural, nos ha aportado una problemática, no por conocida, menos ardua de resolver.

Ante todo resumamos, a ser posible, en un aforismo, cuál es la denuncia principal del siguiente texto:

"El hombre actual se ve literalmente desbordado por la inagotable cantidad de información que recibe, determinante indudable de su habitual consciencia de pequeñez y desconcierto".

Esto es, que duda cabe, una denuncia ante la saturación de conocimientos que no permite al hombre actual comprender qué pasa en el mundo en el que vive.

Esto, veremos, acentúa su carácter pesimista e irreflexivo, ambos adjetivos sin consciencia de causalidad. Hace siglo y medio una corriente cultural podía ser "dirigida" por sus coetáneos, pues no era ni inmediata ni fácilmente perecedera. Ahora, por lo contrario, las dos últimas décadas nos han aportado una serie de movimientos culturales que han sido postulados, combatidos, aceptados y, posteriormente, olvidados en su mayoría.

Y es que el actual mundo avanza más deprisa de lo que el hombre puede aprehender; éste ser, pequeñito y astuto, (lo último no en la mayoría de los casos) no es otro que ese hombre ahogado por el tiempo en el que intenta vivir con tan desafortunado acierto como entendimiento.

Ante tal incapacidad asimilativa, las únicas alternativas multitudinarias son la pedantería o la violencia, si no la ignorancia, ante aquello en lo que ni siquiera se puede participar. Porque reconozcámoslo, se valora mucho más lo que está en el presente que el pasado. Y atención !esto no es una reivindicación de "cualquier tiempo pasado fué mejor". Esto no es más que una denuncia de la falta de sensibilidad ante lo hecho, falta de sensibilidad que se ve compensada por la actual brutalidad competitiva en el vivir cotidiano, actualmente subsistencia en medio de una sociedad depredadora.

El sabor de lo pasado, de la voluntad, de las muchas cosas que hacer, de lo mucho que cambiar es totalmente ignorado por nuestros "Homo sapiens". Y es que, reivindicar por reivindicar, es preciso hacerlo en pro del "Homo ludens" aquel que además de ser capaz del juego, entiende a éste como una creación auténtica y cotidiana, por ello asimilable y capaz de motivar la cultura de participación, la más susceptible de no ser manipulada.

Ese es el precio del siglo XX:

El desconcierto que abrumba a todo ser, en cualquier momento, en cualquier lugar.

JORDI NADAL